

NICARAGUA Y LA DÉCADA REVOLUCIONARIA: REFLEXIONES A TRES AÑOS DE LA DERROTA SANDINISTA

Roberto González Arana*

Pocos sucesos de los que tuvieron lugar en América Latina durante la década pasada han suscitado tanto interés para los científicos sociales como la revolución sandinista. Este interés ha estado determinado, en parte, porque la experiencia nicaragüense mostró ser, desde sus inicios, un proceso singular en el contexto de las revoluciones de liberación nacional del tercer mundo por: 1) las condiciones específicas del desarrollo capitalista en ese país; 2) la amplia coalición que permitió el triunfo sobre la dictadura somocista; 3) las condiciones internacionales prevaecientes a principios de los años ochenta, y 4) la visión política de su dirigencia.

Las expectativas creadas en torno a la tentativa sandinista de impulsar una democracia socialista partiendo, ya no de fórmulas preestablecidas, sino de criterios más flexibles sobre el modelo por seguir, condujeron a fijar la atención en el proceso nicaragüense. Se trataba de evaluar la capacidad del nuevo gobierno para encontrar mecanismos, métodos adecuados que consolidasen una revolución ocurrida en un país capitalista dependiente ante la necesidad de redefinir su articulación al sistema económico y político internacional, resolver el problema del atraso —esto es, impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas— y constituir un nuevo tipo de poder político.

A partir del colapso socialista en Europa del Este, y de la simultánea derrota electoral del Frente Sandinista en Nicaragua en 1990, ha recobrado vigencia la discusión sobre la naturaleza socialista de la experiencia sandinista y las posibilidades de incluir a los sucesos de Nicaragua como parte de una misma tendencia universal hacia la democratización.

A este respecto se observan dos posiciones extremas que difieren sustancialmente entre sí. La primera argumenta que los vínculos entre Nicaragua y el bloque socialista estuvieron limitados, en esencia, a los

planos económicos —ante la necesidad de respaldo exterior, propia de toda revolución en un país periférico—, diplomático y cultural; y que el objetivo no era una transición al socialismo sino, más bien, la institución de una democracia popular acorde a las condiciones específicas del país —débil centralización de la propiedad y clase obrera poco consolidada—, por lo que la estructura socioeconómica nicaragüense, la configuración de sus clases sociales y el modelo político no deberían asociarse, según esta corriente, al socialismo real.

La otra posición caracteriza al periodo revolucionario como una expresión del socialismo en América Latina, interesado en hacer de Nicaragua una segunda Cuba; por lo que, con el derrumbe de los regímenes socialistas de Europa Oriental, también debía de caer su hermano menor en Centroamérica, y sus aliados en el tercer mundo.

Se piensa que ambas posturas tienen elementos aplicables a la experiencia sandinista ya que, si bien en Nicaragua fue posible superar la ortodoxia de la izquierda latinoamericana al momento de aplicar los principios de la teoría marxista, también lo es que el ejemplo socialista, y muchas veces la idealización de este sistema, condujeron a la reproducción de políticas características del modelo soviético. La existencia del pluralismo, la economía mixta, así como la tendencia a favorecer el estatismo —como un manejo voluntarista de la economía— y la centralización de poder, fueron contradicciones evidentes en el proceso nicaragüense.

Ahora bien, si se parte de aceptar que el capitalismo se manifiesta en diferentes formas en América Latina y Europa, de igual manera los procesos revolucionarios en el tercer mundo han seguido diversas vías, aunque su contenido haya sido el mismo.¹ Con esto se quiere decir que, pese a muchos rasgos en

* Doctorado en ciencias históricas, Instituto de Historia Universal. Academia de Ciencias de Rusia.

común con otras experiencias, también la revolución nicaragüense aportó una serie de elementos nuevos a la teoría de la investigación social y, en muchos aspectos, se puede considerar una experiencia única, mas no por esto sin los vicios comunes en otros sistemas estatistas.

LAS CONTRADICCIONES DEL PROYECTO REVOLUCIONARIO

Una de las mayores dificultades para la realización de las transformaciones sociales que planteaba el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) desde el triunfo revolucionario, era la heterogénea coalición de clases que participó en el derrocamiento de la dictadura; ello porque en el conjunto de estos sectores coexistían expectativas muy diversas con respecto a la revolución. Así, el proyecto de justicia social y distribución equitativa del excedente, planteado por el nuevo gobierno (a partir de 1979), se contraponía con el de acumulación de riqueza, propio de toda burguesía.

Resultaba entonces contradictorio que fuese necesario mantener la alianza con el sector privado, ayuda indispensable para garantizar la reactivación económica y el crecimiento. Este sector condicionaba su respaldo al proyecto, supeditándolo al grado de participación económica y política que el FSLN le otorgara. En otras palabras, la consolidación de la revolución se daría manteniendo el apoyo interno brindado por las diferentes facciones que posibilitaron el triunfo más la solidaridad internacional.

La consigna del gobierno nicaragüense, que instaba al sector privado a participar exclusivamente en el plano económico —en el proceso de transformaciones iniciado con el triunfo de la revolución—, subordinándose a las decisiones políticas de la dirección revolucionaria, no podía tener eco en la burguesía. Ello se debió a que los dirigentes proponían que los grupos empresariales participaran en condiciones distintas a sus propias concepciones ideológicas y en contra de sus mismos intereses en aras de la realización de metas nacionales, propósitos que no necesariamente interesaban al sector privado, ya que la producción

con eficiencia y distribución con equidad no les garantizaba beneficios.

La temprana ruptura de la alianza que posibilitó el triunfo —puesta de manifiesto en 1980, con la renuncia de Violeta de Chamorro y Alfonso Robelo a sus puestos en la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional— evidenció contradicciones que no pudieron resolverse en toda una década de revolución. Si bien es cierto que el pluralismo político y la economía mixta hicieron posible la existencia de diversidad de partidos y permitieron la participación de la iniciativa privada, esto no evitó que el Frente Sandinista asumiera la dirección del Estado y ejerciese el control de las actividades económicas del país, ya que el FSLN se consideraba con la legitimidad para dirigir el proceso dado su papel protagónico en la lucha contra la dictadura; legitimidad que no estaba del todo clara para otras fuerzas políticas del país, pues la concepción de la vanguardia suponía que la dirigencia del partido tenía la posibilidad de tomar decisiones sin acudir necesariamente al apoyo popular o al acuerdo con otros partidos. En otras palabras, progresivamente el Frente Sandinista comenzó a actuar como fuerza dirigente "implementando el Programa de Gobierno según su propia interpretación del mismo, sintiéndose ungido de la representatividad popular y sin la necesidad de hacer consultas para cada decisión o de lograr consensos amplios para cada medida conflictiva".²

Por otra parte, la amplia afluencia de ayuda financiera exterior recibida durante los primeros años posteriores al triunfo permitió reducir los costos sociales de la reinserción nicaragüense al sistema económico internacional y posibilitó el mantenimiento de una tasa de inflación estable en este periodo (según datos de la CEPAL, ésta se redujo del 33 por ciento en 1980, al 22 por ciento en 1982). Pese a lo anterior, las expectativas con respecto a la prolongación indefinida de esta ayuda condujeron a juicios optimistas con relación a las posibilidades reales de una pronta estabilización económica. Además, el dudoso manejo de la cooperación externa entorpeció su eficiente utilización, bien fuese por problemas administrativos —excesiva burocracia y demoras en trámites para la ejecución de planes—, por la persistencia del respaldo

incondicional a las empresas agroindustriales, o por la concesión de créditos con criterios poco selectivos. Debido a lo anterior, esta amplia ayuda externa finalmente no pudo materializarse en un despegue económico.

Para explicar el porqué los sandinistas optaron por instrumentar un modelo de economía mixta, se toma como base el peso que tenía el sector privado en la economía del país y la necesidad de contar con la burguesía para garantizar la estabilización, después el desgaste ocasionado por la guerra de liberación y, además, para disminuir los costos sociales de la reconstrucción. En la medida en que el Estado revolucionario preservase la existencia de la propiedad privada y estimulase la participación de la iniciativa capitalista en la estabilización de la nación se harían más sólidos sus vínculos con el proceso. Además, los recursos materiales y la experiencia de los industriales se requerían en áreas tan vitales como la agricultura y el comercio.

Otro factor que propició el establecimiento de un modelo económico mixto fue la necesidad de diversificar los contactos exteriores en la búsqueda de nuevos mercados y fuentes de ayuda financiera. Manteniendo una economía mixta se abrirían las puertas al comercio con occidente, contra lo que ocurriría con la instauración de un régimen socialista.³

El modelo nicaragüense de transformaciones sociales permitió al capital privado colaborar en la reactivación económica del país debido a las condiciones de subdesarrollo nicaragüense, las cuales dificultaban la opción de socializar los medios de producción. En Nicaragua —en contraste con Cuba, por ejemplo— la propiedad no estaba centralizada o concentrada, por lo que el Estado no tenía capacidad para absorberla y al mismo tiempo mantener los ritmos de producción anteriores. Se piensa que el hecho de considerar a la participación de la burguesía, no como parte de la estrategia económica de la revolución, sino más bien como un elemento táctico para que ésta se diera en ciertas esferas productivas, desestimuló la vinculación de sectores financieros interesados en participar en él, puesto que el Estado les daba incentivos, manteniendo a su vez el control de la banca, el comercio exterior y las actividades productivas.

La concertación del gobierno sandinista con el sector privado, iniciada en los últimos años, mostró ser el deseo tardío de la dirigencia revolucionaria de recomponer su alianza existente en los primeros dos años y su tácito reconocimiento de algunos desaciertos en su política económica. La sobrevaluación de la moneda —el córdova—, los rígidos controles a los precios, los subsidios excesivos al consumo y la tendencia a priorizar el papel del Estado en el manejo de la planificación económica, limitaron las posibilidades a la inversión privada y frenaron el desarrollo del país.

Las limitaciones para la comprensión de la problemática indígena también crearon a la revolución un conflicto de gran magnitud. El intento inicial de imponer a las minorías étnicas (miskitos, sumus, ramas, creoles) esquemas de organización política y económica pertenecientes a una cultura "más avanzada", chocó con la lógica resistencia de una población interesada en conservar sus tradiciones y modelo de vida ancestral. El giro posterior del gobierno revolucionario y la aprobación del Estatuto de Autonomía de la Costa Atlántica, no repercutieron en un cambio de actitud por parte de estas minorías con respecto a la dirigencia sandinista, hecho manifestado en los resultados electorales de 1990 en estas regiones, los cuales fueron desfavorables para el FSLN.

DIVERSOS CRITERIOS PARA LA INTERPRETACIÓN DEL FENÓMENO SANDINISTA

El análisis de la revolución en Nicaragua ha estado ligado al estudio de tres factores fundamentales, los cuales, una vez obtenido el triunfo, dificultaron la viabilidad de la transición. En primera instancia, se destacan las limitaciones de la estructura económica heredada en un país agroexportador dependiente del mercado internacional, con un bajo desarrollo industrial ligado fuertemente al capital extranjero. Otro factor estuvo determinado por la crisis económica internacional y regional, que afectó las relaciones de intercambio para Nicaragua durante los años ochenta. Habría que añadir también las consecuencias de la finalización del enfrentamiento bipolar, la crisis soviética y del mundo socialista, con la consecuente

limitación del respaldo político y financiero al régimen sandinista.

Un tercer factor, aspecto al que se dio mayor importancia, considerándolo incluso como el obstáculo determinante para la no consolidación del proyecto revolucionario, es la agresión y la guerra promovida por Estados Unidos,⁴ con todas sus implicaciones para este pequeño país periférico, vulnerable a las acciones del capitalismo internacional. Esta tendencia a privilegiar lo externo como fundamental es lógica, partiendo de que en los países subdesarrollados la influencia que tienen los factores exógenos, originados en el mercado internacional, en los Estados y organismos que controlan el sistema político mundial es muy fuerte, por lo que su margen de maniobra se ve reducido en gran medida.

Los partidarios del enfoque según el cual la guerra de agresión es el obstáculo para el desarrollo de las transformaciones revolucionarias, explican cómo la revolución popular sandinista estaba obligada a postergar su proyecto en aras de resolver primero el problema de la defensa, por lo que en última instancia sostiene que el desgaste de la agresión gestó la derrota.

Sin embargo, en realidad la guerra y el boicot fueron parte de una etapa ineludible en el periodo del imperialismo —pues a través de todo el siglo XX se observa que en diferentes experiencias revolucionarias, como las de México, URSS, China, Angola, Vietnam, Cuba, Granada y Nicaragua, entre otras, estuvo presente la intervención norteamericana, bien fuese económica o militar—, por lo que este ámbito impuesto por la defensa no debía significar la postergación indefinida de las transformaciones socioeconómicas, sino que defensa y transformación forman parte de la etapa inicial de estas revoluciones.⁵

La viabilidad de la revolución sandinista estaría determinada por su capacidad de respuesta a esta circunstancia, que si bien distorsionaba, entorpecía y condicionaba el ritmo de las metas trazadas, no debió por esto suponer su parálisis o impedir su avance.

Agregando un cuarto elemento, constituido por los medios utilizados por la dirigencia revolucionaria

para consolidar su proyecto político, se observa que éste es un factor igualmente esencial para el análisis de las experiencias sandinistas.

EL FINAL DE LA DÉCADA REVOLUCIONARIA Y LA NUEVA CORRELACION DE LAS FUERZAS POLITICAS EN EL PAÍS⁶

Pasados tres años del triunfo de la Unión Nacional Opositora (UNO) en Nicaragua, el gobierno de "reconciliación nacional" ha mostrando sus limitaciones para revertir una crisis económica que ubica a este país entre los más pobres de América Latina.

La oposición obtuvo el poder, a pesar de ser una coalición heterogénea, inconsistente ideológicamente y sin un proyecto de desarrollo completamente definido, lo que ha dificultado su gestión. En la administración encabezada por Violeta Chamorro se ha evidenciado el enfrentamiento entre los grupos más conservadores de la burguesía —anteriormente desplazados por la revolución— y las capas medias que tuvieron algunos vínculos con el gobierno revolucionario, interesados ahora en la concertación política para llevar adelante su programa neoliberal.

La UNO tiene el control ejecutivo, el presupuesto, las relaciones internacionales y expresa los intereses de ciertas élites que retoman el protagonismo en el país. Al segundo año de gobierno de este partido se había logrado reformar el sistema financiero y la banca, reducir en más de un 50 por ciento el tamaño del ejército, estimular las inversiones extranjeras y privatizar algunas empresas-públicas poniendo en vigor fórmulas acordes a su programa de economía social de mercado.

Si bien es cierto que la inflación tiende a reducirse y que se ha pagado parte de la deuda vencida que tenía Nicaragua con la banca internacional, también lo es que estos hechos han sido posibles a que terminó la guerra y a que existe una disposición de ayuda por parte del exterior, que en 1991 alcanzó 504 millones de dólares provenientes de Estados Unidos (38 por ciento), Europa Occidental (29 por ciento) y Taiwan (12 por ciento).⁷ Esta nueva relación con las institu-

ciones financieras significa que, a partir de 1992, un alto porcentaje del financiamiento exterior se originó en estas fuentes, pero a su vez esta ayuda ha estado condicionada al seguimiento de pautas dictadas por los benefactores.

Acorde al discurso oficial, el deterioro económico y social del país —en donde 70 por ciento de la población vive en condiciones de pobreza y el desempleo alcanzó el 51 por ciento en 1991— es el costo que se debe pagar por la reestructuración económica y la reinserción de Nicaragua en el mercado internacional. Por otra parte, se sabe que las políticas neoliberales suponen un alto impacto social para los sectores desligados del capital cuando estas reformas no coinciden con una política social adecuada. Cabe citar, por ejemplo, diversos casos, como los de Polonia, Rusia y Hungría, en donde las reformas económicas iniciadas en los últimos años han tenido fuertes repercusiones para las capas mayoritarias de la población.

La presencia del Frente Sandinista como oposición se ha convertido en una limitante para las fuerzas interesadas en eliminar los logros alcanzados por la revolución que aún se mantienen.⁸ No obstante, en la práctica esta tarea es cada vez más difícil debido a las divisiones al interior de la dirigencia de este partido⁹ entre quienes se interesan en preservar su posición antiimperialista —una fracción radical— y otro sector, una fracción pragmática, que con un discurso conciliador cercano incluso a las posiciones de UNO, critica, por ejemplo, algunas movilizaciones populares y coopera con el gobierno a nivel parlamentario. Esta última tendencia promueve la vinculación del FSLN a las actividades productivas, ya que sus dirigentes poseen recursos para competir con los nuevos grupos económicos y, además, como lo expresara el expresidente Daniel Ortega, para ellos la vinculación a la esfera productiva "permitirá al sandinismo tener mayor influencia en el proceso político, económico y social del país".¹⁰

Las actuales divergencias en el FSLN muestran cómo la reunificación de sus tres tendencias —realizada a partir de 1978, previamente a la ofensiva final— no evitó que se mantuviesen las contradicciones ideológicas y políticas entre la dirigencia de esta organización.

Esto se ha puesto de manifiesto en la lucha constante entre los sectores partidarios de darle a la revolución una orientación radical, que asumieron posiciones hostiles con relación a la burguesía y se mostraron en desacuerdo con su vinculación al proceso, y la fracción pragmática, interesada en realizar transformaciones más acordes a la realidad nicaragüense y al contexto internacional durante la década de los ochenta.

Sobre esto último, se coincide con el investigador Andrés Pérez en que el hecho de que cada tendencia del FSLN tuviera representantes proporcionales en la dirección nacional de dicho partido y en el gobierno revolucionario evidenció la persistencia de estas contradicciones, las cuales tendieron a disiparse ante la necesidad de mantener cierta estabilidad en el manejo del poder.¹¹

Por otra parte, además de superar sus divisiones, el partido requiere asumir una posición más consecuente en pro de la unión y superar el vanguardismo y las estructuras centralista que propiciaron el debilitamiento de sus bases. Este movimiento precisa renovarse,¹² pues ya las masas han mostrado su desacuerdo con el antiguo sistema de dirigencia vertical y se deslindan de la tutela partidista en búsqueda de autonomía.

La situación en Nicaragua muestra cómo este país se inserta paulatinamente en un nuevo orden internacional que en América Latina favorece la modernización en beneficio de ciertas élites cercanas al poder e incrementa las desigualdades sociales. A pesar de que recientemente se logró un acuerdo centroamericano con México (Acuerdo Macro) con miras a una futura integración económica regional, esto no permite suponer que sus beneficios serán precisamente para Nicaragua.

El nuevo discurso promovido por las actuales administraciones ha hecho apología del capitalismo como paradigma de justicia; ante ello el surgimiento de nuevos movimientos sociales que se adhieran a la vida política se plantea como mecanismo para la búsqueda de alternativas más justas que posibiliten la institución de una democracia menos formal en este país centroamericano.¹³

NOTAS

- ¹ Véase Carlos M. Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*. Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1984, p. 54.
- ² José Luis Coraggio y Rosa M. Torres, *Transición y crisis en Nicaragua*, CADIS, DEI, San José, 1987, p. 116-117.

- ³ Close David, *Nicaragua: politics, economics and society*, Printers Publishers Limited, London, 1988, pp. 73-74.
- ⁴ Factor tratado por autores como E.V.K. Fitzgerald, Apolinar Díaz Callejas, y Orlando Núñez Soto, por ejemplo.
- ⁵ Véase Carlos M. Vilas, *Transición desde el subdesarrollo. Revolución y reforma en la periferia*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1989, pp. 194-195.

EL TRIMESTRE ECONOMICO



COMITÉ DICTAMINADOR: Carlos Bazdresch P, Jorge Cambiaso, Carlos Márquez, José Romero, Lucía Segovia, John Scott, Rodolfo de la Torre. CONSEJO EDITORIAL: Edmar L. Bacha, José Blanco, Gerardo Bueno, Enrique Cárdenas, Arturo Fernández, Ricardo French-Davis, Enrique Florescano, Roberto Frenkel, Ricardo Hausmann, Albert O. Hirschman, David Ibarra, Francisco Lopes, Guillermo Maldonado, José A. Campo, Luis Ángel Rojo Duque, Gert Rosenthal, Fernando Rosenzweig (t), Francisco Sagasti, Jaime José Serra, Jesús Silva Herzog Flores, Osvaldo Sunkei, Carlos Tello, Ernesto Zedillo.

Director: Carlos Bazdresch P. Subdirector: Rodolfo de la Torre
Secretario de Redacción: Guillermo Escalante A.

Vol. LX (2)

México, Abril-Junio de 1993

Núm. 238

ARTÍCULOS

- Rodrigo Parot** *Un modelo de formación de precios: Inflación monetaria e inercial*
- Felipe Larraín y Rodrigo Vergara** *Inversión y ajuste macroeconómico: El caso del Este de Asia*
- Leslie Young y José Romero** *Crecimiento constante y transición en un modelo dinámico dual del Acuerdo de Libre Comercio de la América del Norte*
- Santiago Ley y Sweder van Wijnbergen** *Mercados de trabajo, migración y bienestar: La agricultura en el Tratado de Libre Comercio entre México y los Estados Unidos*
- Ricardo Martner F. y Daniel Titelman K** *Un análisis de cointegración de las funciones de demanda de dinero: El caso de Chile*
- Beatriz Arméndariz de Aghion** *El precio de los bonos, las razones deuda-exportación y las moratorias en el servicio de la deuda exterior de un país: El caso de México*

DOCUMENTOS:

Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe 1992

Precio de suscripción por un año, 1993
La suscripción en México cuesta N\$75.00

	España, Centro y Sudamérica (dólares)	Resto del mundo (dólares)
Personal	\$30.00	\$42.00
Universidades, Bibliotecas e instituciones	\$42.00	\$120.00

- ⁶ Algunos aspectos de este tema fueron presentados por el autor en la Conferencia Internacional "Encuentro de Dos Mundos en el Contexto de los Procesos Globales Contemporáneos". Moscú, junio 23-25, 1992.
- ⁷ *Envío*, núm. 121, 1991, p. 23.
- ⁸ Puesto que a consecuencia de la política de concertación con la burguesía, iniciada en los dos últimos años de gobierno, el FSLN benefició a estas capas, afectando con ello a los sectores populares.
- ⁹ Que datan incluso desde antes del triunfo revolucionario, y ahora se ponen de manifiesto nuevamente.
- ¹⁰ *Envío*, núm. 115, 1991, p. 34.
- ¹¹ Andrés Pérez, "The FSLN after the debacle: the struggle for the definition of sandinismo", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 34, núm. 1, 1992, pp. 118-120.
- ¹² Sin que esto signifique un viraje tan radical como el asumido por quienes apoyan incondicionalmente al gobierno, incluso en políticas que sólo favorecen a las capas empresariales nicaragüenses y no precisamente a las mayorías.